

"Vamos haciendo camino"

LUZ HELENA SANCHEZ GOMEZ*

"Un burgués machista es una redundancia. Un revolucionario machista es una obscenidad".

Un hombre!

"Una nueva mujer y un nuevo hombre, en una nueva sociedad: eso busca el feminismo. Este feminismo es creativo en los hechos y no en los discursos y nos enseña que ciertas concepciones etapistas de las ideas y las luchas se orquestan demasiado bien con las estructuras actuales".

Otro hombre!!

Efectivamente, la discriminación de la mujer es una realidad en nuestro país, manifiesta tanto en lo público, como en lo privado-doméstico.

Es una realidad que, en la pirámide ocupacional, la mujer está ubicada en la base, donde, no solamente su número es mayor, sino que también es más mal remunerado.

En la estructura educacional, la mujer sigue preferentemente ingresando a carreras que podríamos llamar intermedias o auxiliares, las cuales la colocan en directa dependencia del hombre, también a nivel profesional. Pienso en carreras como el Trabajo Social, la Psicología, todas las relacionadas con la Pedagogía, y las profesiones auxiliares de la Medicina.

La mujer presenta índices de deserción escolar más altos que los del hombre: más hombres que mujeres terminan la escuela secundaria, más hombres que mujeres ingresan a la vida universitaria y

consecuentemente más hombres que mujeres terminan una carrera profesional.

Estudios sobre la educación en Colombia demuestran, por ejemplo, cómo la educación formal presenta topes en relación al ingreso y que, de ahí, en adelante, la experiencia de trabajo es el factor determinante en las mejoras salariales. En tales estudios, se encuentra que la categoría experiencia favorece al hombre y discrimina a la mujer: el ejercicio de la capacidad reproductora, fundamental para el mantenimiento de la sociedad, hace que la mujer no pueda tener una historia continua de trabajo asalariado.

A lo anterior se suma el hecho de que la mujer se enfrenta al trabajo asalariado como una manera de completar el ingreso familiar; así lo verbaliza la mujer, así lo materializa el patrón.

El problema no está sólo al interior del sector educativo o laboral, en cuanto a la conformación de la estructura por sexos en ambos sectores. No solamente existen salarios diferenciales para la ejecución de la misma función o desempeño, de acuerdo al sexo. No sólo se discrimina la mujer en razón a su "ser" frente a la reproducción, materializada en el hecho de que se le obliga a la renuncia de sus derechos de maternidad, o a la presentación de un certificado de no preñez con el fin de que se le concrete su contratación.

Lo anterior no es más que la resultante de problemas más profundos que evidencian la existencia de una situación estructural seria. Lo más urgente de mirar, desde mi concepción no es si por iguales funciones o desempeños recibimos iguales salarios, o poner en claro la discriminación reproductora. Es preciso denunciar, interpretar las diferencias y, finalmente exigir cambios a nivel legislativo-formal.

Considero que esos cambios, esas reivindicaciones, pueden ser producidas con toda tranquilidad por el reformismo burgués; en este sentido, la lucha de las mujeres liberales por llegar a posiciones de poder dentro del Estado capitalista y lograr alguna mejoría de la situación es justa y respetable. Es claro que ello no conlleva ni una crítica al poder patriarcal ni debilitamiento del estado burgués.

La problemática que más me preocupa y frente a la cual quiero compartir algunas reflexiones con ustedes, es la que genera esos de-

sastrosos indicadores de la condición de la mujer: la base del orden presente, la ideología patriarcal-machista que sustenta el poder, la jerarquía y la autoridad de clase, de edad, de sexo, entre naciones.

Una mujer extraordinaria de este siglo, como tantas otras, dijo: "No se nace mujer, se hace mujer". Me gustaría que nos interrogáramos seriamente nosotras, que produjéramos la reflexión en otras mujeres: "¿Cómo se nos hace mujeres?" y aún más importante, "¿COMO HACEMOS A OTRAS MUJERES?".

Las feministas planteamos la necesidad urgente, inaplazable, de producir una ruptura al interior del orden social que nos produce "mujeres".

Necesariamente, por el carácter dominado de la "sub-cultura" femenina, esa ruptura tiene que producirse sin la bendición del poder de los hombres, ya sea representado en el padre, en el compañero, el partido, el Estado.

Pretender nosotras buscar la protección de cualquiera de estas instituciones de poder, es perpetuar un "yo" femenino subyugado a las condiciones que impone la ideología patriarcal agenciada, en lo más concreto, por el poder del hombre, el partido, el Estado. No veo posible en este momento que sea el mismo poder que queremos destruir el que nos elabore un discurso-práctica que nos permita la recreación de nuestra identidad, a nivel de la percepción de nuestro cuerpo-mente-sexo, y la posibilidad de relacionarnos con otra dimensión. Considero absolutamente necesario un momento de autonomía, mediado por una ruptura, por un alejamiento temporal-espacial de cualquier estructura, de poder, llámese como se llame.

A nivel individual, casi todas nosotras, las que estamos aquí-ahora, lo hemos hecho en las relaciones cotidianas con los hombres que se llaman nuestros compañeros. El arte, en particular el cine de los últimos años, da testimonio de ello.

Eso que hemos precisado hacer frente a las contradicciones con los hombres que nos son más cercanos, nuestros compañeros, precisamos hacerlo socialmente frente a las otras instancias agenciadoras del poder patriarcal. Generar pequeños grupos de mujeres, pequeñas organizaciones autónomas de mujeres, generar un proceso so-

cial de rehabilitación, buscando una nueva definición de ser mujer y en él crear nuevas mujeres. Buscar lo que queremos arrebatarnos, en lo inmediato, al orden burgués existente, no como resultado de las acomodaciones que un estado que se moderniza produce con el afán de resolver las contradicciones ya tan evidentes de la relación hombre-mujer-patrón, no creadas a título de idealismo por nosotras las feministas.

Estoy haciendo referencia a la absoluta necesidad de un trabajo prolongado, que, probablemente, a corto plazo, no produzca efectos de acuerdo a la forma clásica de valorar lo político. Probablemente, en lo inmediato, no presenciaremos grandes "manifestaciones" de mujeres, no habrá masas de mujeres votando, no pegarán carteles, ni vocearán consignas. Es más, no nos importa, Vamos haciendo nuevos caminos.

Pero acaso seremos capaces de convertir cada encuentro entre las mujeres, cada espacio donde nosotras estemos, en la posibilidad inmediata de subvertir el orden. Nosotras, las mujeres, estamos produciendo una fisura en el orden y generando cambios. Son inadmisibles las argumentaciones en sentido contrario, que yo veo asumiendo dos formas:

1. No se precisa una lucha feminista, ella resta fuerza a la lucha de clases. Esta posición es cada día más débil a nivel del discurso formal. Sin embargo a nivel de práctica se sigue ridiculizando y señalando a quienes hemos asumido el feminismo como militancia totalizadora en este momento de nuestra historia.
2. Sí es necesaria la lucha "femenina", pero subordinada a la lucha "revolucionaria" por la transformación de las estructuras socio-económicas. La cuestión de la mujer se resuelve al interior del socialismo.

Esta posición reconoce una lucha de mujer o lucha "femenina". Sin embargo tanto en el discurso como en la práctica, "desautoriza" el feminismo como alternativa a una ideología de dominación muy anterior a las formas capitalistas de explotación de la fuerza de trabajo. Cuando hablo de alternativa, hablo de destrucción, no de la opción entre dos posibilidades. Sencillamente, de la destrucción de la existente. No por amaño, sino por constituir una opción des-humanizadora, alienante e imposibilitadora de la relación hom-

bre-mujer, adulto-niño, joven-anciano y base misma de la posibilidad de dominación a cualquier nivel.

El cambio en las relaciones sociales y el avance de las fuerzas productivas, han generado profundos cambios en la estructura familiar, en lo que los teóricos positivistas de la familia han llamado "el proceso de descomposición de la familia" y que otras miramos como el resultado de las acomodaciones a nuevas funciones, nuevas tareas de la familia con el fin de adaptarse al proceso generado por el desarrollo de las fuerzas productivas. Así mismo la ideología, que vela el papel de la mujer como eje fundamental en la supervivencia de la especie, es progresivamente puesta "al descubierto".

Es necesario plantearnos, a nivel teórico-práctico, un análisis que, haciendo uso de algunos elementos del materialismo histórico, pero avanzando y llenando algunas de sus carencias, nos permita dar cuenta de las preguntas que nos hacemos las feministas.

El trabajo ya ha comenzado, las feministas hemos venido produciendo un cuerpo teórico, en una primera instancia tímidamente, enfrentando, el mundo de la academia positiva generadora de explicaciones parciales y subjetivas, así como el mundo de los intelectuales marxistas, quienes no lo han mirado con buenos ojos por considerar las cuestiones sobre la mujer y la familia como secundarias al problema de la clase.

En el orden de la lucha política, se han logrado grandes avances. Recordemos por ejemplo la lucha de las feministas italianas, señaladas en un comienzo con un dedo acusador por los militantes del Partido Comunista Italiano y su dirección, llegando a manifestaciones abiertamente agresivas, al atreverse las mujeres a tomarse la palabra y la calle. Teniendo que reconocer y aceptar, incluso mirar con curiosidad inicialmente y más tarde con respeto, las nuevas formas organizativas que se daban las feministas. Posteriormente se harían los pronunciamientos oficiales sobre la absoluta necesidad de enfrentar el problema de la lucha de la mujer como forma específica de enfrentar algunas contradicciones (Léanse los planteamientos de R. Togliatti dirigente del PC Italiano).

Es cierto que en Norte América y en la mayoría de los países europeos, la expresión social del movimiento feminista de los años sesenta ha tenido un carácter fundamentalmente liberal-reformista en cuanto a las reivindicaciones exigidas al Estado. No es menos

cierto que han logrado importantes conquistas, conquistas que ponen cada vez más de relieve el carácter limitado de la lucha a corto plazo.

También es cierto que la producción teórica del feminismo revolucionario no se ha viabilizado en consignas que enfrenten las contradicciones con el Estado burgués. En parte, porque estas reflexiones han sido hechas por un grupo minoritario que se ha escondido detrás de la muralla del mundo intelectual, sin una vinculación directa al proceso organizativo. En parte por la lucha denodada a nivel ideológico tanto contra la perspectiva positivista como en contra del "acartonamiento" marxista. De todos modos, su aporte ha sido, es y seguirá siendo importante.

Solamente en la medida en que el discurso sobre la necesidad de romper con la diferencia intelectual-ignorante se acerque a una práctica-acción, las nuevas interpretaciones podrán ser apropiadas por amplios grupos de mujeres.

En los países europeos, con mayor visibilidad y en menor medida en Norte América, se empiezan a dar importantes replanteamientos a partir de pequeños grupos de mujeres. A ello se aunan los intentos, algunos materializados, de acercamiento a las feministas del tercer mundo. Testigo de ellos son el trabajo de solidaridad realizado en la Conferencia Alternativa de la Mujer reunida en Copenhague en 1980 y la publicación conjunta de un libro sobre la misma. La reunión internacional sobre "La mujer y la Salud", realizada en Ginebra a iniciativa de un grupo feminista europeo, la asistencia al Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe de un grupo de mujeres norteamericanas y europeas y la elaboración conjunta de un informe sobre el mismo.

LA SITUACION EN AMERICA LATINA

Con diferencias en el tiempo, interpretables a la luz de la existencia de diferencias en las organizaciones sociales del continente, el auge de lo que llamaría el "Nuevo Feminismo", se ha dado en la década de los setenta. Algunos elementos comunes giran al rededor de: la lucha por la autonomía frente a las estructuras de poder patriarcal: partidos, Estado. El hecho de que las primeras mujeres en constituir grupos autónomos venían de las luchas estudiantiles, gremiales, sindicales, o por derechos políticos (como el caso del Brasil, donde un eje importante lo constituyó la lucha por la amnistía), generalmente lideradas por organizaciones partidistas.

El hecho de que muchas de esas mujeres habían salido del continente a Norte América y Europa, bien por razones políticas, bien por razones académicas, y allí habían vivido el auge del movimiento de los años sesenta. El hecho de que casi todas esas mujeres pertenecían a la pequeña burguesía. La experiencia común más o menos cualificada de acuerdo a las diferencias nacionales de trabajo con mujeres de diferentes sectores: obreras, amas de casa, trabajadoras domésticas, mujeres del campo, estudiantes, mujeres profesionales.

La evidencia de un acercamiento entre la militancia y la academia. La búsqueda de nuevas formas de acercamiento a la investigación con la mujer. Sorprendentemente, como hecho para interpretar, un eje de trabajo al rededor del cuerpo de la mujer, su sexualidad, el placer, las formas de producción social de un cuerpo reproductor, la búsqueda de elaboración de nuevas formas creativas y expresión a nivel del arte. La denuncia permanente sobre diferentes expresiones de violencia contra la mujer.

La voluntad expresa, materializada en el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe sobre la necesidad de lograr formas organizativas a nivel del continente, en una primera instancia como redes de información y apoyo, para pasar, posteriormente, a la formalización de las mismas, con el fin de fijar posiciones conjuntas. Tal es el caso de la creación provisional de la ALACEM —Asociación Latinoamericana y del Caribe de Estudios de la Mujer—, en la reunión realizada en el Brasil a finales del año 81 para tratar el tema de los estudios de la mujer. Sueño por algún tiempo acariciado por algunas de nosotras.

Nos hemos vivido las mujeres del continente, en la lucha por ganar nuevos espacios en las letras, en el arte visual-gráfico, en la investigación, en la interpretación de nuestra condición, por el derecho a desear, al placer, por ganar un espacio diferente en la política, por enfrentarnos a la discriminación sexual en la organización sindical o política. En diferentes espacios geográficos y contextos culturales, tímida o abiertamente, nos hemos vivido las mujeres luchando por el derecho a luchar.

LA SITUACION EN COLOMBIA

A riesgo de pasar por injusta en el desconocimiento de mujeres lu-

chadoras por sus derechos como mujeres, de la época colonial, de la independencia, de la primera mitad de este siglo, historia hecha mas no escrita, me centraré en dar una breve mirada al proceso de nacimiento "del nuevo feminismo" en nuestro país.

Desde las primeras iniciativas de conformación de grupos feministas autónomos de Medellín y Bogotá en el año 1975, la publicación de la revista "Cuéntame tu vida" en la ciudad de Cali, el llamado al primer Encuentro Nacional de Mujeres con el fin de ligarse a la Campaña Internacional por el Aborto y contra la Esterilización Forzada, la iniciativa de trabajo con mujeres de diferentes sectores (algunas los llaman populares), el logro inmenso del Primer Encuentro Feminista L. A. y del Caribe, la organización en varias ciudades de manifestaciones diversas, en contra de la violencia sobre la mujer, la creación de grupos formales con el objetivo de buscar nuevas imágenes en el cine, (Cine Mujer), o formas nuevas de investigación y trabajo con la mujer (Corporación Mujer y Familia), la producción teórica al interior de la universidad o de centros de investigación, la apertura de la Casa de la Mujer el pasado 8 de marzo y las más continuas menciones al feminismo en la prensa burguesa-patriarcal, somos testigos de un importante avance del feminismo autónomo.

Desde la posición partidista, es importante reconocer los intentos de la organización trotskista por plantear la cuestión de la mujer y su búsqueda, a veces no tan exitosa, de organizar a las mujeres. Al respecto, el artículo "Apuntes sobre la doble Militancia", de Luz Jaramillo, militante de dicha organización, recogiendo lo más avanzado de la discusión al interior de la comisión sobre feminismo y lucha política en el Primer Encuentro Feminista L. A. y del Caribe, representa a mi juicio un salto a nivel de discurso.

Considero de suma importancia los recientes reportajes de Voz Proletaria y su informe sobre el Encuentro, aún más cuando están muy cercanos en el tiempo a las declaraciones de prensa de finales de 1980, de la fallecida Líder del PCC Yira Castro, en el sentido de señalar el feminismo y la burguesía como enemigos del proletariado.

Para muchas de nosotras, testigos de la posición recalcitrante de la organización maoísta frente a la cuestión de la mujer, no deja de constituir una triunfante sorpresa el número del mes de marzo último de "Tribuna Roja", en el cual se incluye un extenso editorial

y una conversación con mujeres del partido sobre la situación de la mujer.

No somos ajenas a que estas expresiones no se dan en un vacío político-ideológico. Responden, por un lado, al planteamiento y enfrentamiento de las contradicciones, a la lucha ideológica interna dada con valor por algunas militantes y por el otro, tiene que ver con el hecho de que ya el feminismo no puede seguir siendo ni señalado, ni ignorado. Es preciso afrontarlo con una opción diferente.

Nosotras, quienes sabemos de malos ratos, de compromisos incumplidos, de alianzas rotas sin haberse materializado con las militantes de partido, sabemos que sólo en la medida en que se produjeran profundos cambios en la estructura partidista, sería posible un trabajo conjunto de militantes de partido y feministas autónomas.

Más aún, si como creo, a los partidos no los empuja en este momento la firme creencia de que la lucha contra la ideología patriarcal-machista debe comenzar "aquí", "ahora". Su discurso evidencia el afán de captar "masas" de mujeres en torno a reivindicaciones inmediatas, que las lleven a vincularse a sus particulares estrategias. Ello permite, por demás, dejar la cuestión de la dominación del partido, de los compañeros revolucionarios sobre las mujeres, sus compañeras, fuera de discusión, ello les permite seguir haciendo discursos generales sobre la revolución, al tiempo que patean, o prostituyen a sus mujeres, manteniendo la inferioridad de sus compañeras militantes mediante la perpetuación de la división sexual del trabajo, también allí en el local del partido, o en el campamento guerrillero. (Léase el libro-testimonio de Ana María Araujo, guerrillera tupamara en el exilio).

¿Por qué es necesaria la autonomía?

Nos hemos hecho mujeres al interior de grupos familiares donde el modelo de vida ha sido la mujer-madre-victimizada, dominada, sacrificada su capacidad de creatividad y producción social en aras del amor a su esposo y a sus hijos. En donde no hemos tenido el derecho de buscar la aventura de los juegos motores que nos permitieran una exploración temporo-espacial que nos pusiera al día con las actividades del mundo que avanza en permanente cambio.

En donde muchas mujeres han tenido que sacrificar su carrera en aras del hermano, pues, en lógica de un mundo machista, el salario del hombre es mayor; sin pensar en los múltiples perjuicios que aún subsisten en la educación de la mujer. Nos hemos criado en un mundo socio-familiar donde, los hombres no lloran, las niñas arrullan muñecas y no juegan con carros. Se nos ha negado explorar el mundo del movimiento, de las relaciones, de la lateralidad.

El discurso que se nos ha permitido elaborar siempre ha estado cerca del discurso infantil, en muchos casos aun dramáticamente hasta en el tono de la voz. Se nos ha negado el uso de expresiones con cualquier connotación sexual, "asi no habla una señorita"; se nos negó la capacidad de abstraer en el orden del pensamiento y, por ello, a nivel social, la posibilidad de "competir" en igualdad de condiciones.

Nuestro cuerpo, castrado, por obra y gracia de la cultura machista, se llenó de códigos ajenos a él mismo y a nuestros deseos. Deseos que nunca han podido tener expresión gracias a que los desconocemos tanto como a nosotras mismas.

Nuestra sexualidad regida única y exclusivamente por el modelo masculino alienado, es sin embargo, objeto de consumo de una sociedad que parece no tener fin en producir sin límite, mediado por un permanente llamado a que el cuerpo de la mujer sea manoseado, maltratado.

Nuestra capacidad reproductora, nuestra maternidad, entregada enteramente a los intereses del Estado, de un Estado que definimos como burgués-patriarcal, sujeta al libre juego de la culpa-miedo sustentado desde la ciencia y socializado-reforzado por los medios de comunicación y la educación formal.

Como nos fijamos en movimientos estereotipados, como no conocemos nuestros deseos, como no aprendimos a abstraer, como no sabemos resolver problemas con eficiencia, como nos encontramos objeto de permanente violencia, nos dimos a lo que nos quedaba: hacer resistencia pasiva dentro de las cuatro paredes de un cuarto, o de una casa, o de un palacio.

Por ello somos malas conductoras, frías, histéricas, madres de 11 o de ningún hijo por vía de la esterilización no informada, sufridoras de las consecuencias de las hormonas anticonceptivas que los

“médicos” embellecen presentando como protectoras; violadas, tocadas, maltratadas y finalmente locas y, claro, llenamos los manicomios o pagamos a los controladores de turno psiquiatras-psicólogos-psicoterapeutas-psicoanalistas.

Ese es el mundo que nos han fabricado y para el cual nos declaramos “no aptas”. No queremos pagar más con nuestra salud física y mental a cambio de la compañía, de la posibilidad de subsistir materialmente. Por ello, en este momento, defendemos nuestro derecho a romper y organizarnos autónomamente.

¿Autónomamente de quiénes?. De las organizaciones de corte patriarcal donde se olvidaron de cantar a la libertad porque es preciso llegar a la meta-insurrección-revolución fijada de antemano como estrategia de partido. Estrategia que ahora pone de moda, a las mujeres, claro, de los sectores populares, en la táctica del partido. ¡Qué viva la revolución!

Porque no aceptamos más ser pasivas, torpes, frías, histéricas, reproductoras por definición ajena, objeto de la violencia de la institución médica, violadas por consenso o locas, es que precisamos de un momento fundamental de autonomía.

Juntarnos para buscar no sólo una identidad nueva a nivel individual sino para producir, juntas una nueva identidad para la mujer, para “nosotras”. La chispa de libertad, de identidad que dejó la generación pasada de mujeres, nuestras madres, no puede; permitirse ser apagada.

Nosotras, las mujeres, no hacemos parte de la “Masa”, nos “hicieron diferentes”, por ello tenemos el derecho de buscar formas de lucha diferentes, las estamos buscando. Bienvenidos todos aquellos hombres que comprenden la vitalidad de nuestra empresa y, de pronto, la posibilidad de que sean los valores asignados a la mujer (esos mismos que ahora nos colocan en desigual situación) los que permitan, mediante un proceso de apropiación social de los mismos, la construcción de una sociedad nueva y democrática ajena a las dictaduras de cualquier especie.

Estoy firmemente convencida de que, sólo enfrentando las diferentes contradicciones, rompiendo con el discurso acartonado y caduco que permite la perpetuación de jerarquías y la producción de la

dominación y la violencia en cada encuentro de la vida cotidiana, enfrentando el proceso como la lucha por la felicidad, destruyendo los fantasmas de muerte que hemos interiorizado, podremos lograr un proyecto político integral de cambio.

El feminismo autónomo no renuncia, nadie puede pedirle que lo haga, ni tiene el derecho de señalarlo como ajeno a la construcción de ese proyecto.

LUZ HELENA SANCHEZ GOMEZ. Médica Universidad Nacional de Colombia - Magister en Salud Pública y Ciencias del Comportamiento — Universidad de Harvard Psicoterapeuta Feminista — Centro de Estudios de Boston.